



***Gaudete et exsultate* como propuesta ignaciana de santidad apostólica¹**

Gabino Uríbarri Bilbao

RESUMEN

La exhortación *Gaudete et exsultate* del papa Francisco se puede leer como propuesta de santidad apostólica ignaciana. En ella aparecen los grandes temas de los *Ejercicios* ignacianos: consolación, Principio y fundamento, llamada del Rey Temporal, meditación de dos Banderas, contemplación de los misterios de la vida de Cristo, tentaciones, discernimiento, combate, examen, *magis*, contemplación para alcanzar amor. Siendo su presencia clara, se proponen de modo que invitan a vivir la santidad propia de la vida cristiana, sin obligar a una «ignacianización», que supusiera renegar de otras formas de espiritualidad.

PALABRAS CLAVE: santidad, apostolado, espiritualidad ignaciana, papa Francisco.

Para entender al papa Francisco no se puede prescindir del hecho de que es jesuita. Propongo una lectura de *Gaudete et exsultate* desde la impronta ignaciana, sin agotar todos los aspectos que se podrían mencionar. Esta impregnación ignaciana permite entender el esquema de conjunto de *Gaudete et exsultate*, así como la dinámica interna que vertebra las diferentes piezas: los capítulos y las secciones. No se trata de un calco literal del esquema de los *Ejercicios ignacianos*, pero sí que aparece: una impostación, una organización de la materia y un elenco de preocupaciones que la matriz ignaciana subyacente ilumina.

¹ Resumen G. URÍBARRI, *Santidad misionera. Fuentes, marco y contenido de Gaudete et exsultate*, Sal Terrae, Santander 2019, 131-166.

Gabino Uríbarri Bilbao

1. Introito: la alegría [GE 1-2] – una versión de la consolación [Ej 316] y la felicidad del Principio y Fundamento [Ej 23]

1.1. La alegría apostólica de la consolación

Francisco repite que la fe cristiana infunde una alegría que el mundo no puede dar.

La exhortación apostólica sobre la santidad comienza por la alegría: «“Alegraos y regocijaos” (Mt 5,12), dice Jesús a los que son perseguidos o humillados por su causa» (GE 1). Conjuga humillación y alegría.

1. La trama de los *Ejercicios* cuenta con la humillación, precisamente porque formó parte de la vida de Jesucristo [cf. *Ej* 98, 146-148, 156, 167, 190-209]. Se trata de un aspecto general de la vida cristiana (cf. p. ej. Mt 16,24-28 y par.).

Desde el inicio de su pontificado, Francisco repite que la fe cristiana infunde una alegría que el mundo no puede dar: la alegría del Evangelio, como claramente aparece en su documento más personal: *Evangelii gaudium*. ¿Por qué tanta insistencia en la alegría? Según Víctor Manuel Fernández: «El acento puesto en el *gaudium*, la alegría, tiene que ver con el desencanto y la melancolía del mundo actual. El papa quiere infundir en la Iglesia un viento de alegría y entusiasmo»². La alegría, según Fernández, tiene que ver con la motivación para el obrar. El quinto y último capítulo de *Evangelii Gaudium*, dedicado a la espiritualidad («Evangelizadores con Espíritu»): EG 259-268), trata de la motivación necesaria para la evangelización³.

2. En la alocución que tuvo el papa Francisco a la Congregación General 36 de la Compañía de Jesús (24 de octubre de 2016)⁴, Francisco se movió dentro del marco de la espiritualidad ignaciana y la terminología interna de la Compañía. En esta alocución recalcó tres puntos. El primero fue: *Pedir intensamente la consolación*⁵. Y lo justificó así:

«En las dos Exhortaciones Apostólicas y en *Laudatosi*’ he querido insistir en la alegría. Ignacio, en los Ejercicios, nos hace contemplar a sus amigos “el oficio de

² V. M. FERNÁNDEZ, *El programa del papa Francisco. ¿Adónde nos quiere llevar? Una conversación con Paolo Rodari*, San Pablo, Buenos Aires 2014, 21.

³ V. M. FERNÁNDEZ, *El programa del papa Francisco*, 24-25, 54. Al respecto, cf. G. URÍBARRI, *Santidad misionera*, 105-125.

⁴ Se puede consultar fácilmente en Internet en la página web del Vaticano. Manejo la edición interna: CONGREGACIÓN GENERAL 36, *Documentos*, Madrid 2017, 147-160.

⁵ *Ibid.*, 153.

Gaudete et exsultate como propuesta ignaciana de santidad apostólica

consolar” como propio de Cristo Resucitado (*Ej 224*). Es oficio propio de la Compañía consolar al pueblo fiel y ayudar con el discernimiento a que el enemigo de natura humana no nos robe la alegría: la alegría de evangelizar, la alegría de la familia, la alegría de la creación...⁶.

La alegría entronca con la radicación de Bergoglio en la espiritualidad ignaciana. La alegría ha de ser parte de la propia espiritualidad del discípulo misionero (*Gaudete et exsultate*) y de la predicación que se hace (*Evangelii gaudium*). Dado que la alegría forma parte del corazón del Evangelio, insta a pedirla con insistencia⁷. La alegría nos conecta específicamente con Cristo Resucitado, que ejerce el oficio de consolar [*Ej 224*].

A lo cual se añade una razón más: la vida apostólica. Una vida apostólica sin alegría no es fecunda: «una buena noticia no se puede dar con cara triste»⁸. Por eso, Francisco anima a pedir con constancia y osadía la alegría por razones apostólicas: «Si alguno no se cree digno (cosa muy común en la práctica), al menos insista en pedir esta consolación por amor al mensaje, ya que esta alegría es constitutiva del mensaje evangélico, y pídale también por amor a los demás, a su familia y al mundo»⁹.

3. Ignacio describe así la *consolación* en los *Ejercicios*: «llamo consolación todo aumento de esperanza, fe y caridad y toda leticia interna que llama y atrae a las cosas celestiales y a la propia salud del ánima, quietándola y pacificándola en su Criador y Señor» [*Ej 316*]. En su alocución a la CG 36, Francisco trae a colación la primera parte de esta frase, precisamente para recalcar el puesto de la alegría en la génesis de la Compañía y en su actividad apostólica¹⁰. Así, pues, en su pensamiento, se da una correlación entre alegría, término más general y menos técnico, y consolación, vocablo más restringido, comprensible dentro de una familia concreta de espiritualidad.

4. Volvamos ahora a *Gaudete et exsultate* 1-2. Allí se nos indica la necesidad de darlo todo (GE 1), de no conformarse con una existencia mediocre (GE 1). El remedio espiritual para darlo todo y salir de la mediocridad es la alegría: la consolación espiritual, también posible en nuestro contexto actual (GE 2). En efecto, la alegría propia de la consolación, del encuentro con el Señor, rompe la mediocridad y espolea hacia la entrega sin reservas. No solamente «un santo triste es un triste santo» (dicho adjudicado a

⁶ Ibid., 153.

⁷ Ibid., 153.

⁸ Ibid., 154.

⁹ Ibid., 153-154.

¹⁰ Ibid., 154-155.

Gabino Uríbarri Bilbao

Santa Teresa), sino que un apóstol triste, un discípulo misionero triste no difunde la buena noticia. Lo que espolea a la radicalidad misionera y a la autenticidad del testimonio es la alegría de la consolación. Una pieza fundamental del programa pastoral de Francisco, que se asienta en sus raíces ignacianas.

1.2. La felicidad del Principio y Fundamento

Los *Ejercicios* ignacianos comienzan con el «Principio y Fundamento» [Ej 23]. Ahí se plantea el sentido de la existencia, como existencia cristiana. Se dilucida en qué consiste el logro personal. En resumen: fuimos creados por Dios y para servirle: «El hombre es criado para alabar, hacer reverencia y servir a Dios nuestro Señor» [Ej 23]. La persona solamente se logra si pone esta finalidad como lo primero y principal: «y las otras cosas sobre la haz de la tierra son criadas para el hombre, y para que le ayuden en la prosecución del fin para que es criado» [Ej 23].

El comienzo de *Gaudete et exultate* evoca el Principio y Fundamento ignaciano, pues Francisco expone el sentido de la existencia:

56

«Alegraos y regocijaos» (Mt 5,12), dice Jesús a los que son perseguidos o humillados por su causa. El Señor lo pide todo, y lo que ofrece es la verdadera vida, la felicidad para la cual fuimos creados¹¹. Él nos quiere santos y no espera que nos conformemos con una existencia mediocre, aguada, licuada» (GE 1; cf. GE 32).

En la formulación de Francisco aparece nuestro fin: fuimos creados para la felicidad. También que Dios no se conforma con la mediocridad. El *magis* ya está en el Principio y Fundamento, que termina con las palabras: «solamente deseando y eligiendo lo que más conduce al fin para el fin que hemos sido criados» [Ej 23]. El Señor ofrece todo al que pone su verdadera finalidad, la santidad, en el centro y como lo primero. Algo que sucede no sin dificultades y conflictos, persecución y humillación, como le sucedió al mismo Señor Jesús. En el Principio y Fundamento este aspecto no aparece con claridad, pero sí la necesidad de no anteponer nada a la finalidad para la que hemos sido creados: el servicio y la alabanza a Dios. Por eso se debe ser indiferente y no desear: «más salud que enfermedad, riqueza que pobreza, honor que deshonor, vida larga que corta» [Ej 23]. Se preanuncia la posibilidad del logro propio en la enfermedad, la pobreza, el deshonor, la vida corta; y también, prolongando la línea, en la persecución y humillación.

¹¹ «Nos pide todo, pero al mismo tiempo nos ofrece todo» (EG 12).

Gaudete et exsultate como propuesta ignaciana de santidad apostólica

El comienzo de *Gaudete et exsultate* posee un subsuelo ignaciano o, como mínimo, se puede leer coherentemente desde ahí. La santidad apostólica a la que convoca posee un sabor ignaciano.

2. Capítulo 1: «el llamado a la santidad» [GE 3-34] – el llamamiento del Rey Temporal [Ej 91-100]

Comento dos de los siete epígrafes de este capítulo.

2.1. El Señor llama a todos, también a ti (GE 10-18)

La llamada a la santidad es universal. No menciona LG cap. V, donde aparece con claridad este aspecto, sino LG 11 (GE 10). La universalidad de la llamada pertenece muy claramente al cogollo de los *Ejercicios* ignacianos, pues constituye un punto capital de una de sus meditaciones centrales: el Rey Temporal [Ej 91-102]. La llamada es para todos: «ver a Cristo nuestro señor, rey eterno, y delante de él todo el universo mundo, al cual y cada uno en particular llama» [Ej 95]. Nadie queda excluido: la llamada es «también para ti» (GE 14).

57

2.2. Toda la vida es misión (GE 19-31)

Desde la tonalidad apostólica antes mencionada, aparece la importancia decisiva de la misión, típica de la espiritualidad ignaciana: «Cada santo es una misión» (GE 19). Ya había anticipado en esta línea en *Evangelii gaudium*: «Yo soy una misión en esta tierra, y para eso estoy en este mundo»¹² (EG 273). Si el Cristo de los *Ejercicios* de Ignacio es muy claramente un misionero, que cumple el encargo del Padre, el discípulo conformado con esta espiritualidad es un discípulo misionero. Profundicemos en esta cuestión. En la presentación que hace el papa Francisco aparecen tres notas típicas de la espiritualidad ignaciana.

1. La cristificación es el presupuesto de la misión y de la vida cristiana (cf. GE 19-21). La huella ignaciana en *Gaudete et exsultate* aparece con claridad. Primero porque menciona expresamente a Ignacio y la contemplación de los misterios de la vida de Cristo (GE 20; con referencia nada menos que a *Ej* 102-312). Nos dice Francisco: «En el fondo la santidad es vivir en unión con él [Cristo] los misterios de su vida» (GE 20). En

¹² Texto que se repite en FRANCISCO, *Christusvivit*, 254.

Gabino Uríbarri Bilbao

*La misión apostólica
es pieza central
y clave de la
espiritualidad
ignaciana.*

el mes de *Ejercicios*, a partir de la segunda semana, el ejercitante se dedica a contemplar los misterios de la vida de Cristo. El presupuesto operante consiste en que, mediante una determinada forma de contemplación, «como si presente me hallase» [Ej 114], se produce la cristificación. Así, se cumple el designio de Dios Padre, que es «Cristo, y nosotros en él» (GE 21).

2. La misión es totalizante. Igual que para Cristo la misión, el ser el enviado del Padre, totaliza toda su vida, así también para el discípulo. La misión apostólica es pieza central y clave de la espiritualidad ignaciana. En esta línea dice Francisco: «Tú también necesitas concebir la totalidad de tu vida como una misión» (GE 23); y descubrir esta tu misión mediante el discernimiento (GE 23).

3. Para la espiritualidad ignaciana, la llamada a la misión implica un subrayado de la acción, sin negar la contemplación. El ámbito privilegiado de la respuesta a la llamada se sitúa, para la espiritualidad ignaciana, en la actividad apostólica, a ejemplo de Cristo. La actividad apostólica es el lugar del ejercicio de la vida cristiana y las virtudes, sin menoscabo de la oración. El papa jesuita exhorta a vivir «la actividad que santifica» (GE 25-31; cf. LS 231). Resuena el contemplativo en acción y el hallar a Dios en todas las cosas.

58

3. Capítulo 2: «dos sutiles enemigos» [GE 35-62] – Meditación de dos Banderas [Ej 136-148]

Bergoglio menciona dos «falsificaciones de la santidad que podrían desviarnos del camino: el gnosticismo y el pelagianismo» (GE 35). Ya se había referido a ellas en EG 94, entendiéndolas allí como concreciones de la mundanidad espiritual (EG 93). Aquí nos encontramos con dos grandes *tentaciones* capaces de malversar la vida cristiana, la espiritualidad y la santidad del discípulo misionero.

En los *Ejercicios* y en la vida cristiana ordinaria Ignacio presupone la presencia de obstáculos fuertes y tentaciones para responder a la llamada. Antes de entrar en las elecciones, Ignacio advierte: «así para alguna introducción de ello, en el primer ejercicio siguiente veremos la intención de Cristo nuestro Señor y, por el contrario, la del enemigo de natura humana» [Ej 135]. Luego la elección, la respuesta a la llamada, se topa inevitablemente con sutiles tentaciones. Ignacio insiste en la necesidad de la lucidez [cf. Ej 139, 149-157], para no caer en los engaños del enemigo. Ser recibi-

Gaudete et exsultate como propuesta ignaciana de santidad apostólica

do bajo la bandera de Cristo, alinearse con Él en su misión, supone una gracia que no es automática ni está exenta de obstáculos [cf. *Ej* 142, 147].

Francisco cierra este capítulo de modo muy ignaciano, con dos componentes típicos de la espiritualidad ignaciana: el examen y la gracia de hallar a Dios en todo. El capítulo se remata con esta frase: «Por eso exhorto a cada uno a preguntarse y a discernir frente a Dios de qué manera pueden estar manifestándose en su vida» (GE 62) estas dos tentaciones: gnosticismo y pelagianismo. Para que el examen sea útil ha de ser extremadamente sincero, sin miedo alguno a lo que se pueda descubrir. Pues lo peor sería seguir bajo un engaño que no se ha descubierto. En ese caso, bajo capa de bien, el engaño seguirá operativo, generando un olor de narcisismo alrededor, aun en medio de una supuesta entrega generosa, en lugar de difundir la fragancia de Cristo (cf. 2 Cor 2,14-16).

En segundo lugar, alude al fruto típico de la «contemplación para alcanzar amor» ignaciana [*Ej* 230-237]: el donde vivir en presencia continua de Dios, la gracia de hallar a Dios en todas las cosas [cf. *Au* 99], en todo hallando huellas de su amor. A esto alude Francisco:

«Cuando Dios se dirige a Abraham le dice: “Yo soy Dios todopoderoso, camina en mipresencia y sé perfecto” (Gn 17,1). Para poder ser perfectos, como a él le agrada, necesitamos vivir humildemente en su presencia, envueltos en su gloria; nos hace falta caminar en unión con él reconociendo su amor constante en nuestras vidas. Hay que perderle el miedo a esa presencia que solamente puede hacernos bien»¹³ (GE 51).

59

4. Capítulo 3: «A la luz del maestro» [GE 63-109] – Contemplación de los misterios de la vida de Cristo [*Ej* 102-312]

La impostación ignaciana de este capítulo es menos llamativa, pero no por ello menos profunda. Tomar a Cristo como modelo ejemplar pertenece a la esencia de la fe cristiana. El eje vertebrador de los *Ejercicios* ignacianos consiste en la contemplación «como si presente me hallase» [*Ej* 114] de los misterios de la vida de Cristo, desde la Encarnación hasta la Ascensión [*Ej* 102-312].

1. Francisco toma como eje para entender la santidad cristiana las bienaventuranzas (GE 63-94). La clave que maneja al presentarlas consiste en entender que Cristo mismo las vive: «En ellas se dibuja el rostro del maes-

¹³ Todo el número completo merece la pena. Véase también GE 153 con mención expresa de la Contemplación para alcanza amor, ligada a la memoria agradecida.

Gabino Uríbarri Bilbao

tro» (GE 63). Por lo tanto, en ellas se da la santidad cristiana radical y, consiguientemente, en ellas radica la vida verdadera. En la meditación ignaciana de las dos Banderas se ha de pedir: «conocimiento de la vida verdadera que muestra el sumo y verdadero capitán [Cristo], y gracia para le imitar» [Ej 139]. Una vida verdadera que correlaciona con la doctrina verdadera [cf. Ej 145-146]. En las bienaventuranzas confluyen: el camino de la santidad, el camino de Cristo (GE 63) y el camino de la felicidad (GE 64).

De todos los pasajes que encontramos en los cuatro evangelios, Ignacio selecciona unos cuantos misterios de la vida Cristo [Ej 261-312]. El «que da otro modo y orden para meditar o contemplar» [Ej 2] ha de seleccionar de esta lista lo que considere más oportuno. De entre todos los misterios elegidos por Ignacio solamente se encuentra un gran discurso de Jesús. Se trata del sermón en el que Jesús propone las bienaventuranzas a los discípulos [Ej 278].

2. En el centro de toda la consideración del Maestro en este capítulo de *Gaudete et exultate* está el amor, la misericordia. Cristo es para Francisco, ante todo, revelador de la misericordia del Padre. Otorga una gran centralidad a Mt 25,31-46 (GE 95-109).

60

La contemplación para alcanzar amor consiste en la cumbre de la experiencia del proceso espiritual de los *Ejercicios*. En ella Ignacio sentencia lapidario:

«Primero conviene advertir en dos cosas. La primera es que el amor se debe poner más en las obras que en las palabras» [Ej 230].

Es decir: el amor es algo práctico y concreto, que se debe aterrizar [cf. Ej 231]. En la dinámica de la contemplación para alcanzar amor, se ha de responder a tanto amor recibido, a tanto bien recibido [Ej 233], con un amor generoso y desprendido: «tomad Señor y recibid» [Ej 234]. Así, todo procede del amor y conduce al amor.

En plena línea con esta visión, ignaciana y cristiana, el papa Francisco no duda en aducir situaciones concretas, como una persona que duerme en la calle (GE 98) o la emigración (GE 102), entre otras, que solicitan una respuesta de amor por parte del santo discípulo misionero. En la coyuntura concreta, en las circunstancias en las que el pobre nos sale al encuentro en la vida cotidiana, es donde se ha de vivir la santidad, que incluye la justicia (GE 101) y el reconocimiento efectivo de la dignidad de toda persona humana (GE 98). La santidad misionera es necesariamente misericordiosa. Para Francisco, en la misericordia se sustancia el cogollito mismo de la fe

Gaudete et exsultate *como propuesta ignaciana de santidad apostólica*

cristiana: la misericordia de Dios «es el corazón palpitante del Evangelio» (MV 12; GE 97); la misericordia «es la viga maestra que sostiene la vida de la Iglesia» (MV 10; GE 105). El ejercicio de la misericordia se sitúa en continuidad con la contemplación para alcanzar amor.

5. Capítulo 4: «Algunas notas de la santidad en el mundo actual» [GE 110-157] – repetición de dos Banderas [Ej 136-148]

En el esquema de los *Ejercicios* ignacianos la repetición es frecuente [Ej 64, 99, 118, 120, 121, etc.]. Encontrar una suerte de repetición, aunque sea con una cierta modificación de la materia, al menos en la formulación más de superficie, supone un modo ignaciano cualificado de presentación de la materia más importante. En este capítulo, encuentro una suerte de repetición sobre la sustancia de la meditación de las Banderas.

En la meditación de las dos Banderas, Ignacio aterriza claramente la estrategia de Lucifer y la de Cristo [cf. *Ej* 142,146]. Resumiendo, tenemos lo siguiente:

Bandera de Lucifer	Bandera de Cristo
riqueza	pobreza
honor	oprobio o menosprecio
soberbia	humildad
todos los vicios	todas las virtudes

61

Francisco traslada el análisis de las dos Banderas ignaciano a las dinámicas más arraigadas en nuestra cultura, a las tentaciones más frecuentes, que nos alejan de una vivencia y una práctica más auténtica de la santidad misionera en nuestro contexto cultural. Curiosamente prima este aspecto sobre el de los medios tradicionales –oración regular, sacramentos, lectura asidua de la Sagrada Escritura, dirección espiritual, lectura espiritual, etc.–, que da por descontados y conocidos (GE 110). Le parece más importante descubrir los engaños y las trampas a las que vive sometido el discípulo misionero, que indicar los medios, oportunos y valiosos, para crecer en devoción. Si se acude a estos medios sometido a las trampas, no se termina de despegar en el camino de la santidad ni se entra en una dinámica de fecundidad apostólica. El «enemigo» lastra poniendo impedimentos y trampas, echando «redes y cadenas» [*Ej* 142] que impidan caminar alegre-

Gabino Uríbarri Bilbao

mente con y como Cristo Jesús. Aquí se combina perfectamente la evangelización de la cultura, la inculturación del Evangelio y la matriz ignaciana.

En su análisis propone este esquema (GE 111-157):

Cultura actual	Santidad cristiana
Ansiedad nerviosa y violenta que dispersa y debilita (GE 111)	Aguante, paciencia, mansedumbre (GE 112-121)
Negatividad y tristeza (GE 111)	Alegría, sentido del humor (GE 122-128)
Acedia cómoda, consumista y egoísta (GE 111)	Audacia y fervor (GE 129-139)
Individualismo (GE 111)	En comunidad (GE 140-146)
Falsa espiritualidad, sin encuentro con Dios (GE 111)	En oración constante (GE 147-157)

Al desarrollar cada uno de los estos elementos aparecen diversos aspectos de la espiritualidad ignaciana, en los que no entro.

62

6. Capítulo 5: «combate, vigilancia y discernimiento» [GE 158-177] – combate [Ej 93, 95, 137], examen [Ej 24-44] y discernimiento [Ej 313-328]

El título del último capítulo de *Gaudete et exsultate* incluye elementos ignacianos de primer calibre: la vida espiritual como combate, la necesidad del examen y el discernimiento. Al examen ya me he referido. Comento lo relativo al combate y al discernimiento, a lo cual añadido otro aspecto ignaciano: el *magis*.

1. *Combate*. La meditación de dos Banderas, ya citada varias veces, constituye una de las piezas esenciales en el recorrido de los *Ejercicios* ignacianos. De hecho, algunos han sostenido (Nadal) que la Compañía de Jesús se originó precisamente gracias a dos meditaciones: el Rey Temporal y las dos Banderas. La temática de ambas se trasluce en el planteamiento mismo de la santidad de *Gaudete et exsultate*. La meditación de Banderas se enmarca en una lucha, en lo que podemos denominar el combate escatológico¹⁴. El presupuesto fundamental que late detrás implica que la vida cristiana es un combate, en el que el cristiano está llamado a militar bajo la bandera de Cristo, la bandera de la cruz.

¹⁴ G. URÍBARRI, *El mensajero*, Desclée – U.P. Comillas, Bilbao – Madrid 2006, 185-236, esp. 201-204.

Gaudete et exsultate como propuesta ignaciana de santidad apostólica

He aquí el primer preámbulo, con el que Ignacio enmarca esta meditación: «El primer preámbulo es la historia. Será aquí cómo Cristo llama y quiere a todos debajo de su bandera, y Lucifer, al contrario, debajo de la suya» [Ej 137]. Es decir, nuestra vida interior y exterior transcurre en el escenario de una lucha: «La vida cristiana es un combate permanente» (GE 158). «No se trata solo de un combate contra el mundo y la mentalidad mundana»; «Es también una lucha constante contra el diablo» (GE 159). La comprensión de la vida espiritual como lucha, hoy más olvidada, pertenece a la tradición cristiana, tanto patristica como medieval. Era muy común hasta el Concilio Vaticano II. Según el esquema del evangelio de Juan, el príncipe de este mundo milita contra los hijos de la luz.

*El magis
determina la
dirección
del discernimiento.*

2. *Discernimiento*. Para vencer en este combate, la espiritualidad ignaciana proporciona varias armas fundamentales: el examen, el discernimiento y el director de la experiencia de los ejercicios. En las reglas de discernimiento [Ej 313-328] Ignacio nos proporciona criterios y un método para no caer en los engaños del mal espíritu, del enemigo de natura humana. Con su insistencia en el discernimiento, aquí y en otras ocasiones (cf. EG 50; AL 291-312), el papa Bergoglio delata su radicación en la espiritualidad ignaciana.

3. «*Magis*». Por último, Ignacio en repetidos momentos propone explícitamente el propósito y el modo de aspirar al máximo en el seguimiento y la identificación con Cristo: el *magis* [cf. Ej 23, 147, 167]. Francisco apela en diversas ocasiones al *magis*. El discernimiento «Es un instrumento de lucha para seguir *mejor* al Señor» (GE 169; subr. mío). Gracias al discernimiento nos abrimos a la posibilidad siguiente: «Dios puede estar ofreciendo algo *más*, y en nuestra distracción cómoda no lo reconocemos» (GE 172; subr. mío). El *magis* determina la dirección del discernimiento: «No se discierne para descubrir qué *más* le podemos sacar a esta vida, sino para reconocer cómo podemos cumplir *mejor* esa misión que se nos ha confiado en el Bautismo, y eso implica estar dispuestos a renuncias hasta darlo *todo*» (GE; subr. míos).

El temple peculiar del *magisse* plasma en la máxima ignaciana: a mayor gloria de Dios. *Gaudete et exsultatense* cierra con estas palabras: «Pidamos que el Espíritu Santo infunda en nosotros un intenso anhelo de ser santos para la mayor gloria de Dios y alentémonos unos a otros en este intento. Así compartiremos una felicidad que el mundo no nos podrá quitar» (GE 177).

Gabino Uríbarri Bilbao

7. Una santidad apostólica

1. La comprensión de la santidad propuesta en *Gaudete et exsultate* se alimenta de modo decidido de la espiritualidad ignaciana. Todos los grandes motivos de los *Ejercicios* ignacianos aparecen en la exhortación.

2. Aquello que el papa Francisco conoce mejor por formación y carisma, la espiritualidad ignaciana, encaja perfectamente dentro del programa pastoral al que convoca a la Iglesia, de un modo general (*Evangelii gaudium*), y dentro de la específica llamada a la santidad que este programa pastoral requiere para su implementación (*Gaudete et exsultate*): una santidad misionera; en terminología ignaciana: una santidad eminentemente apostólica.

3. La espiritualidad ignaciana de los *Ejercicios Espirituales* de san Ignacio, no así las *Constituciones de la Compañía de Jesús*, constituyen un bien para toda la Iglesia y como tal fueron aprobados. Como Los *Ejercicios* básicamente proponen la vida cristiana y el seguimiento de Cristo, mediante la contemplación de los misterios de su vida, ofrecen una escuela de santidad cristiana bastante amplia, que luego se puede modular y complementar de diversos modos, con acentos variados. En otras palabras, los *Ejercicios* suponen una escuela de espiritualidad muy abierta.

4. En *Gaudete et exsultate*, el jesuita Jorge Mario Bergoglio, que fue párroco, director de tandas de *Ejercicios* y retiros a religiosos, religiosas y diverso público, obispo auxiliar, obispo titular de una diócesis de la envergadura de Buenos Aires, propone un modelo de santidad apostólica abierta a todos. De hecho, no es necesaria, ni parece pretender, algo así como «escolarización ignaciana» de toda la Iglesia, para poder vivir el llamado a la santidad misionera. Sino que aprovecha la sabiduría que ha cuajado en esta forma de espiritualidad, que considera valiosa para nuestro momento cultural y nuestros retos ante la evangelización, para proponer un camino de santidad cristiana a todos. Aunque se da un colorido ignaciano, también se hace una propuesta suficientemente amplia de aspectos fundamentales de la vida cristiana, que no son patrimonio exclusivo de una escuela de espiritualidad, por muy santa y probada que esta sea. En conclusión: Francisco posee la maestría para hacer una propuesta de espiritualidad apostólica de tonalidad ignaciana a toda la Iglesia, sin imponer la «ignacianización» de toda la Iglesia, que implicara renegar de otras formas legítimas y valiosas de espiritualidad.